

POR UN NACIONALISMO REPUBLICANO

Mal que les pese a aquellos que incitan a la iconoclasia del *lógos* de rasgos europeos, el cual hunde sus raíces en las revelaciones divinas al Pueblo de Israel y tuvo uno de sus momentos de mayor esplendor en la obra del pensador italiano Tomás de Aquino –punto de sinergia de la tradición racional occidental–, mal que a algunos mitólogos americanistas les pese, digo, nadie sino los pensadores europeos son los que se han planteado con incomparable hondura los temas que de veras importan en fechas como las que el pueblo argentino conmemora este año de 2010. Parafraseando al Maestro, podría decirse que los europeos se encuentran en situación de comprender mucho porque mucho han sufrido; y que a quien se le da a entender poco, tal vez sea porque poco ha sufrido. Por supuesto que para que así sea, el sufrimiento padecido debe no provocar una cerrazón del entendimiento. Es por esto que cuando de verdad hay fe cristiana, hay genuino pensamiento; la señal de la cruz sobre la frente no hace que la cabeza se cierre sino lo contrario, y hasta con cierto peligro o aventura para quien la hace. Pues quien de verdad hace ese tipo de gestos es quien luego pregunta con sinceridad qué significa ser un verdadero israelita¹, o que Dios tenga un Pueblo formado por personas de todas las naciones², y cuestiones tales.

De este modo, a la hora de escuchar lo que un americano y un europeo tuvieran acaso para contarnos sobre lo que significa la realidad de la nación, la patria, la libertad, la historia y materias semejantes, no estaría mal considerar lo que alguien observó sobre los estadounidenses comparándolos a los europeos: “Los hombres que viven en aquellas enormes planicies sin cercado, tierra adentro, no saben nada de fronteras o de la tragedia de luchar por la libertad; no saben nada de llamado a armas y armamento, o del peligro de una alta civilización preparada cual una preciosa estatua al alcance de un puño de hierro. Están acostumbrados a la ciudadanía cosmopolita, en la que los hombres de todas las razas se funden y en la que los hombres de todos los credos se cuentan por igual. Su presunción moral más elevada es el humanitarismo; su alarde mental más elevado es la ilustración.”³ *Mutatis mutandis*, lo mismo puede decirse de los argentinos. Para aprender lo que es la patria, empecemos por reconocer, con crudo realismo, que

¹ Cfr. Jn., I, 47.

² Cfr. *Lumen gentium*, n.13.

³ Gilbert Keith CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos* (introd., trad. y notas de Santiago ARGÜELLO), Losada, Buenos Aires, 2010, 181.

no sabemos lo que es y que hay quienes sí lo saben (o al menos tienen un poco más de experiencia al respecto). Tras haber atendido a un inglés, podemos hacer otro tanto respecto a lo expresado por un polaco sobre la misma materia: “Soy hijo de una nación que ha vivido las mayores experiencias de la historia, que ha sido condenada a muerte por sus vecinos en varias ocasiones, pero que ha sobrevivido y que ha seguido siendo ella misma. Ha conservado su identidad y, a pesar de haber sido dividida y ocupada por extranjeros, ha conservado su soberanía nacional, no porque se apoyara en los recursos de la fuerza física, sino *apoyándose exclusivamente en su cultura*. Esta cultura resultó tener un poder mayor que todas las otras fuerzas. (...) Existe una soberanía fundamental de la sociedad que se manifiesta en la cultura de la nación. Se trata de la soberanía por la que, al mismo tiempo, el hombre es supremamente soberano.”⁴ Así, la cultura no sólo es “una característica de la vida humana como tal”⁵ sino también, más específicamente, el alma de una nación: “La nación es, en efecto, la gran comunidad de los hombres que están unidos por diversos vínculos, pero sobre todo, precisamente, por la cultura. La nación existe *«por»* y *«para»* la cultura, y así es ella la gran educadora de los hombres para que puedan *«ser más»* en la comunidad.”⁶ Ahora bien, que la cultura sea el alma de todas y cada una de las naciones, no implica que, a medida que ella vaya creciendo cada vez más en cada nación, fuera a producirse un alejamiento de las naciones entre sí, como si las culturas fuesen mutuamente excluyentes. “Al contrario –testimoniaba en otro lugar el mismo Juan Pablo II–, la experiencia de mi patria me facilitaba mucho el encuentro con los hombres y las naciones de todos los continentes.”⁷

⁴ JUAN PABLO II, Discurso a la UNESCO, París, 2-6-1980, n.14; disponible en http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1980/june/documents/hf_jp-ii_spe_19800602_unesco_sp.html.

⁵ *Ibid.*, n.6: “*Genus humanum arte et ratione vivit* (cf. Santo Tomás, comentando a Aristóteles, en *Post. Analyt.*, núm. 1). (...) La significación esencial de la cultura consiste, según estas palabras de Santo Tomás de Aquino, en el hecho de ser una característica de la vida humana como tal. *El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura*. La vida humana es cultura también en el sentido de que el hombre, a través de ella, se distingue y se diferencia de todo lo demás que existe en el mundo visible: el hombre no puede prescindir de la cultura. La cultura es un modo específico del «existir» y del «ser» del hombre. (...) La cultura es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, «es» más, accede más al «ser».”

⁶ *Ibid.*, n.14.

⁷ *Id.*, *Pamięć i tożsamość. Rozmowy na prelomie* (2005); ed. castellana: *Memoria e identidad. Conversación al filo de dos milenios* (trad. de Bogdan PIOTROWSKI), Planeta, Buenos Aires, 2005, 110; cfr. *Id.*, Discurso a la UNESCO cit., n.6; “la única respuesta sincera al nacionalismo irlandés es el nacionalismo inglés, que es una realidad; y no el imperialismo inglés, que es una ficción reaccionaria, o el internacionalismo inglés, que es una ficción revolucionaria.” G.K. CHESTERTON, *op. cit.*, 341.

La identidad de una nación, pues, se forma por medio de la cultura. Por tanto, mientras más débil sea la vitalidad cultural de una nación, menos formada estará su identidad, y en ese caso menos soberano resultará ese pueblo⁸. No ser soberano significa ser dependiente, al modo de un niño, que depende de sus padres; o, directamente, al modo de un esclavo. En los días pasados, la esclavitud se practicó de diversas formas, de las cuales quizá la más llamativa para nosotros sea la del siglo XIX, con los negros en el Sur de Estados Unidos. Aunque difícilmente lleguemos a olvidarnos jamás de aquella otra terrible esclavitud del comunismo soviético, en la Europa oriental. La que quizá se nos pasa por alto con gran facilidad sea la que nosotros mismos padecemos, desde hace un siglo más o menos; una esclavitud que no por ser más atenuada es más disculpable. Para hacer gala de mi erudición, no me gustaría aludir a ella sino con el nombre que dio título a un libro: *estado servil*⁹. Bueno, al parecer Occidente se encuentra en un momento de su historia en el que su *estado servil* está en proceso de mutación. La nueva etapa de este «Welfare» State que nos tiene a todos mansamente esclavizados es la de la llamada ‘globalización’. Quizá algunos sueñan –y nadie debería quedar *a priori* fuera de tal anhelo– con que la globalización se reoriente hacia la creación efectiva de un estado de bienestar en vez de uno servil. Pues bien, la globalización comenzará a ser verdaderamente humana cuando empiece a ser de carácter cultural. Para ello, es preciso subrayarlo, deberá ser de carácter nacional; es decir, deberá ser nacionalista, respetando la cultura de cada nación. Esto que parece un imposible –un oxímoron–, a saber, la existencia de una globalización nacionalista, no lo sería tanto si de verdad se prestara atención a las expresiones de mentes tomistas como las de Juan Pablo II o G.K. Chesterton. Sólo el respeto por la cultura de una nación podría conducir a un entendimiento de la misma. En este sentido, según ha indicado Chesterton, entender los chistes extranjeros es algo muy serio. Quizá este siga siendo todavía el signo más claro de una auténtica globalización humanista, esto es, de un real entendimiento internacional¹⁰.

⁸ Cfr. JUAN PABLO II, *Pamięć i tożsamość...*, ed. castellana cit., 110-111.

⁹ Hilaire BELLOC, *The Servil State* (1912); ed. castellana: *El Estado Servil* (trad. de Bruno JACOBELLA), Huemul, Buenos Aires, 1963.

¹⁰ “(...) muchos debatirán sobre la posibilidad psicológica de una amistad semejante fundada en un ridículo recíproco, o, más bien, en una comedia de comparaciones. Con todo, de esta armonía de sentidos del humor diré lo que el Sr. Wells dice de su armonía de estados en la unidad de su Estado Mundial. Si fuera verdaderamente imposible conseguir una paz semejante, entonces nada es posible a no ser la guerra. Si no podemos tener amigos de esta manera, entonces, tarde o temprano, tendremos enemigos de alguna otra manera. No hay esperanza alguna con las pomposas impersonalidades del internacionalismo.” G.K. CHESTERTON, *op. cit.*, 313.

Hablo de nacionalismo y no exactamente de patriotismo. ¿Por qué? Tanto como ‘nación’ y ‘patria’, aquellos términos son complementarios; más aun, ambos indican virtudes¹¹. A lo que me parece, el patriotismo es el amor, orgullo y defensa de la propia patria, esto es, del propio “patrimonio, es decir, el conjunto de bienes que hemos recibido como herencia de nuestros antepasados”¹². Siendo esto así, formalmente considerado, antes que con la inteligencia, el patriotismo tiene que ver con los sentimientos, la voluntad, e incluso la fuerza física para salvaguardar dichos bienes. Por ello, en algunos casos, por ej., cuando la propia tierra es arrebatada por un poder extranjero, el patriotismo puede convertirse, según bella expresión del autor polaco citado, “en un clamor al «espíritu» de la nación”¹³. El nacionalismo, en cambio, tiene que ver más con la inteligencia. Efectivamente, veíamos hace un momento la relación entre nación y cultura, según que la nación es el lugar donde la cultura –esto es, las obras de la inteligencia, tanto en su vertiente teórica cuanto práctica– se expresa. Es por este motivo que el nacionalismo es susceptible de derivar en chovinismo, esto es, *nacionalismo exclusivista o unilateral*. En el origen de esta perversión se encuentra una fuerte seducción ejercida por los atractivos culturales propios de un pueblo sobre algunos de sus miembros. Por supuesto, como toda auténtica seducción, la misma no ocurre principalmente en el plano estético sino en el intelectual. De este modo, los seducidos terminan fanatizándose de tal manera con su propia cultura que, por lo mismo, se disponen a matar o morir por ella¹⁴.

¹¹ En lo que respecta a la virtud del patriotismo, cfr. JUAN PABLO II, *Pamięć i tożsamość...*, ed. castellana cit., 86-89; respecto al nacionalismo como virtud, Chesterton lo ponía incluso por encima del patriotismo: “Los ingleses son patrióticos; pero el patriotismo es la forma inconsciente del nacionalismo. Es ser nacional sin comprender el significado de una nación.” G.K. CHESTERTON, *op. cit.*, 352.

¹² JUAN PABLO II, *Pamięć i tożsamość...*, ed. castellana cit., 80.

¹³ *Ibid.*, 82. La cita sigue así: “Entonces, el espíritu de la nación se despierta, se reaviva y lucha para que se restituyan a la tierra sus derechos.”

¹⁴ A diferencia de Chesterton, Juan Pablo II (*Pamięć i tożsamość...*, ed. castellana cit., 89), piensa que, mientras el patriotismo es una virtud, el nacionalismo es un vicio. Después de la experiencia de los dos últimos siglos en Europa de tantos nacionalismos pervertidos, es comprensible su temor por la realidad del nacionalismo. Pero ya hemos apuntado la distinción entre nacionalismo como virtud, siendo su vicio el nacionalismo *exclusivista o unilateral*. Por supuesto, también existe el enviciamiento del patriotismo. Así, mientras que el enviciamiento del nacionalismo consiste en fascinarse al punto del fanatismo por la propia cultura, el del patriotismo consiste en poner desproporcionadamente la voluntad, los sentimientos y las fuerzas físicas al servicio de aquel fanatismo. Dicho de otro modo: cuando el patriotismo se torna una defensa ciega de la propia patria, no es una virtud. Piénsese por ejemplo, en el imperialismo, el jingoísmo y otros males semejantes. Desde esta perspectiva, cuando Juan Pablo II y otros autores se refieren al nacionalismo como aquello que “reconoce y pretende únicamente el bien de su propia nación, sin contar con los derechos de los demás” (*ibid.*, 89), en realidad, según lo dicho, eso constituiría una síntesis de nacionalismo y patriotismo viciados; no sólo un vicio del nacionalismo.

Para decirlo en pocas palabras, la realidad de la nación se refiere al mismo originarse de la riqueza de un pueblo, sobre todo su riqueza cultural, mientras que la patria se refiere a la conservación de la misma en forma de patrimonio¹⁵. Como es evidente, el primer aspecto, el que está del lado de la nación –la virtud del nacionalismo–, es más creativo que el segundo, el que está del lado de la patria –la virtud del patriotismo–. Por ello, el distintivo de la nación, aquello por lo que una nación se distingue de otra, es su capacidad de crear su propia cultura¹⁶; mientras que el rasgo característico del patriotismo es el valor para conservar o defender su patrimonio, sobre todo el cultural.

Estando así las cosas, sería imposible que un seguidor de Santo Tomás fuera no ya solamente un liberal confeso, o, como sucede en algunos casos, no confeso pero sí de hecho¹⁷, sino incluso un mero cosmopolita o, actualizando el término, un «globalista»; es decir, alguien que está más preocupado por los mercados internacionales que por el mercado de la esquina de su casa. Si este fuera el caso, debería entonces reconocerse más bien seguidor de Jeremy Bentham y Herbert G. Wells que del maestro medieval predicho. En efecto, el mero interés privado, esto es, el individualismo, atenta directamente contra el patriotismo. En un mundo globalizado meramente desde un punto de vista económico y tecnológico, nadie estará dispuesto a luchar por su propia patria. Por lo demás, ya en el año 1951, aunque ciertamente ignorara el término globalización, Jacques Maritain denunciaba la ausencia de realidad política en dicho fenómeno¹⁸; cosa que también ha hecho notar más recientemente Juan José Sanguinetti, en uno de estos encuentros¹⁹.

¹⁵ Cfr. *ibid.*, 90.

¹⁶ Cfr. *ibid.*, 91.

¹⁷ Liberal a la moderna usanza, claro está; esto es, alguien que se desentiende del bien común, sea desde un punto de vista práctico o uno teórico. El término liberal en sentido clásico es exactamente contradictorio respecto del sentido moderno. Cfr., por ej., John Henry NEWMAN, “Knowledge its Own End”, en *Idea of a University*, Part I. University Teaching (1852). La edición de esta obra publicada por Longmans, Green and Co., New York – Bombay – Calcutta, 1907, se halla disponible en: <http://www.newmanreader.org/works/idea/discourse5.html>. Existe una ed. castellana de esta primera parte de *Idea: Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria* (trad., introd. y notas de José MORALES), Eunsa, Pamplona, 1996.

¹⁸ “La actual interdependencia de las naciones (...) no es un signo de paz, como hubo gentes que así lo creyeron en sus buenos deseos, sino indicio de guerra. ¿Por qué? Pues porque esa interdependencia de las naciones es esencialmente económica, y no una interdependencia políticamente concertada, voluntaria y organizada, o con otras palabras, porque ha nacido por causa del mero progreso técnico o material, y no debido a un proceso racional o genuinamente político y simultáneo.” J. MARITAIN, *The Man and the State* (1951); ed. castellana: *El hombre y el Estado* (ed. de Juan Manuel FONTENLA; trad. de Manuel GURREA), Club de Lectores, Buenos Aires, 1984, 214-215.

¹⁹ “El poder americano está en la economía, no en un proyecto político de dominación”; “la globalización en estos momentos tiene un sesgo principalmente económico. La dimensión económica siempre fue relevante, pero ahora es preponderante”; hoy en día la globalización avanza “casi sin proyecto, por fuerza de la economía y la tecnología”.

Por tanto, al menos desde la perspectiva tomista, en cuanto no sea una cuestión cultural y política sino meramente económica y tecnológica, el fenómeno de la globalización será un complejo de acciones desencajado, y por lo mismo, discordante. Desde luego, la alternativa a la globalización no es necesariamente la anti-globalización, al estilo *hippie*, ecologista o, como agregaría un victoriano, ludita²⁰. De otro modo, a mi juicio, la solución radical a lo que la globalización tiene de nocivo y destructivo no es sino la consecución de una democracia nacionalista²¹, al modo de la propuesta por William Cobbet, antes de que surgiera el imperio victoriano, o por G.K. Chesterton e H. Belloc, una vez acabado el mismo²². Tal como estos autores entienden el término, ‘democracia’ se refiere a lo que hoy en día se diría ‘política republicana’ o ‘republicanismo’²³ – incluso para los autores mencionados, no habría ningún inconveniente en hacer un uso indistinto de los términos.

Me parece, por tanto, que la mejor manera de enfrentarse a los desafíos suscitados por la globalización neo-iluminista y liberal (más bien pseudo-liberal, si se mirasen las cosas con perspectiva clásica, según hemos hecho ver), la cual amenaza de alguna manera a la identidad y florecimiento de las distintas naciones, sobre todo de las emergentes, consiste en llevar a cabo un proyecto político ideado desde un nacionalismo de tipo republicano. Sería superfluo recordar aquí que tentativas de esta índole ya han sido ensayadas en nuestro país por hombres nada faltos de talento; sería superfluo mencionarlos, digo, a no ser que hiciera mucho tiempo que casi no se escucha hablar de ellos en los ámbitos de filosofía supuestamente cristiana de nuestro país. Es mucho más probable escuchar los nombres de Félix Frías, Juan Bautista Alberdi o Arturo

J.J. SANGUINETI, “Encauzar la globalización”, en *XXX Semana Tomista: Política Contemporánea y Globalización*, Buenos Aires, 2005, 1-3; disponible en http://cablemodem.fibertel.com.ar/sta/xxx/files/Lunes/Sanguinetti_05.pdf.

²⁰ Los luditas o ludistas (*Luddites*) constituyeron un movimiento obrero inglés (*Luddism*; nombre derivado del semilegendario Ned Ludd, pues la existencia histórica de este personaje es dudosa, de quien se cuenta haber roto –o bien por accidente, o bien intencionadamente, incluso con furia: autores disputan– ciertas máquinas textiles hacia el 1790), el cual adquirió auge a partir de 1811, y cuyas acciones, basadas en revueltas espontáneas y desorganizadas, consistían en atacar los instrumentos de producción industrial. De aquí que el movimiento en cuestión sea el símbolo de la oposición al maquinismo y toda forma de tecnología derivada de la Revolución Industrial y el mundo moderno en general.

²¹ *Vid.* mi “Introducción” a G.K. CHESTERTON, *op. cit.*, 9-22.

²² *Cfr.* ID., *William Cobbet* (1925); ed. castellana del mismo título (traducción de Luis NOVELL), Imprenta Moderna, Barcelona, 1943. En lo que respecta a la propuesta de Chesterton y Belloc, a principios del siglo XX ellos fundaron un movimiento denominado Distributismo, cuya filosofía se fundaba en el famoso documento de León XIII sobre la cuestión laboral y social (*Rerum Novarum*, de 1891). En resumidas cuentas, el Distributismo abogaba porque la propiedad de los medios de producción se encontrara repartida del modo más amplio posible entre la gente común, y no que se halle centralizada bajo el control estatal (comunismo), o en pocas manos privadas (capitalismo).

²³ Para una definición de ‘republicanismo’, ver Alfredo CRUZ PRADOS, “Republicanismo y democracia liberal: dos conceptos de participación”, *Anuario Filosófico* 36 (2003), 83-109.

Sampay en una universidad estatal, no importa que sea un tanto reacia a la Iglesia, que escucharlos en una universidad católica argentina. José Pablo Feinmann sería mi autor de cabecera al respecto²⁴ si no fuera porque Francisco Leocata también se ha ocupado inteligentemente de sentar bases para la construcción de una filosofía republicana argentina, haciéndolo incluso desde una perspectiva cristiana²⁵. Si no fuera por *Los caminos de la filosofía en la Argentina*²⁶, yo ya estaba dispuesto a pensar que, en los tiempos que corren, los argentinos interesados por el pensamiento político cristiano, nos encontrábamos en la tesitura de tener que optar por posiciones ya liberales como las de Mariano Grondona y Gabriel Zanotti; ya tradicionalistas como las de Julio Meinvielle y Alberto Caturelli; ya tercermundistas como las de Rodolfo Kusch, Enrique Dussel y sus epígonos de la teología de la liberación. Y aunque pienso que no todo en estas posturas sea desdeñable, tampoco me parece que sean el mejor modo de atacar la cuestión de la globalización, ni de ser nacionalistas (desde luego, la primera de ellas no querría hacer lo primero, y difícilmente querría hacer lo segundo). Ahora bien, si alguien no fuera nacionalista o, como mínimo, patriota, apenas podría decirse verdaderamente democrático. La democracia cosmopolita de los neo-iluministas fue, es y será siempre una ficción, pues “el hombre normal es casi siempre el hombre nacional. El patriotismo es la más popular de todas las virtudes. La clase más árida de demócratas que lo desprecian, tienen a la democracia contra ellos en todos y cada uno de los países del mundo. De aquí que sus esfuerzos internacionales rara vez vayan más lejos que efectuar una reconciliación internacional de todos los internacionalistas.”²⁷

Y si me parecen insuficientes las tres propuestas filosófico-políticas predichas, me gustaría añadir finalmente que tampoco me resulta satisfactoria una propuesta que redujera la solución al problema de la globalización a un ámbito ético cuya esfera máxima de acción sea la familia y la religión²⁸. Esto, ciertamente, es el inicio, pero si el esfuerzo acabara allí, el resultado sería

²⁴ Ver su *Filosofía y Nación. Estudios sobre el pensamiento argentino*, Ariel, [Argentina], 1996.

²⁵ Por hacerlo desde una perspectiva cristiana, Leocata sumaría a a la lista de Frías, Alberdi y Sampay los nombres, cuando menos, de Pedro Goyena, José María Estrada, Tomás Casares y Nicolás Derisi. No obstante aquellos primeros tres mencionados también tuvieran cabezas cristianas (y por lo menos Frías y Sampay no tuvieron inconveniente en confesarlo así), si no nombramos a estos últimos cuatro junto a aquellos es por el simple hecho de que estos cuatro difícilmente se oirían en un ámbito estatal.

²⁶ Centro de Estudios Salesiano de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

²⁷ G.K. CHESTERTON, *op. cit.*, 210.

²⁸ “La solución viable, en mi opinión, está en la línea de lo que ya fue dicho por Juan Pablo II al tratar de la globalización. Se trata de apuntar a una visión ética “material” (es decir, no kantiana), que ponga en primer lugar la dignidad de la *persona* y la inviolabilidad de sus derechos, entre los cuales los primeros son la vida, la familia y la libertad religiosa. La globalización adquirirá un rostro más humano cuando *esto sea lo prioritario* y no el provecho

paupérrimo. En gran medida, sería lo que hay: muchas manifestaciones cristianas pro-vida y poca política cristiana. Pues si hubiera más de esta política, no serían necesarias aquellas manifestaciones. También entre los católicos existe el peligro protestante de reducir la religión a la esfera de lo subjetivo y privado. Con todo, no fue sino el mismo Juan Pablo II quien pensó que el nacionalismo –él diría patriotismo– es una necesidad vital para el hombre: “como sucede con la familia, también la nación y la patria siguen siendo realidades insustituibles. La doctrina social católica habla en este caso de sociedades «naturales», para indicar un vínculo particular, tanto de la familia como de la nación, con la naturaleza del hombre, la cual tiene carácter social. Las vías principales de la formación de cualquier sociedad pasan por la familia, y sobre esto no caben dudas. Y podría hacerse una observación análoga también sobre la nación. La identidad cultural e histórica de las sociedades se protege y anima por lo que integra el concepto de nación.”²⁹

Asumir la responsabilidad de pensar la cuestión política a fondo, no es tarea fácil. Por lo demás, a mi juicio es infundado el temor de que una filosofía política deje de ser filosofía por el hecho de que sea verdaderamente política. Ahora bien, si es política, entonces no sólo es familiar y religiosa sino también cultural, patriótica y nacional. Si la cultura es el arma más eficaz de la acción política, parece evidente que la familia y las instituciones religiosas jamás podrían llevar a cabo satisfactoriamente la empresa cultural por sí solas. Hace falta apelar sobre todo a la nación y la patria. Parafraseando al poeta nacionalista polaco Cyprian Norwid³⁰, la belleza de la cultura argentina existe para fascinar el trabajo nacionalista argentino, y ese trabajo, sostenido por su patriotismo, existe para renacer. Para que este llamado no degenera en nacionalismo exclusivista, la mejor vía es que, como mínimo, sea democrático o republicano.

Santiago Argüello

económico y la tecnología vistos como un fin absoluto que remediaría todos los males. Las tensiones disminuirán cuando los hombres aprendan a convivir en el respeto de las opciones religiosas y al mismo tiempo con la exigencia de salvaguardar lo esencial de la vida ética.” J.J. SANGUINETI, art. cit., 7.

²⁹ JUAN PABLO II, *Pamięć i tożsamość...*, ed. castellana cit., 88. Comentando aquel citado discurso del Papa polaco en la UNESCO, Víctor Massuh decía lo siguiente: “¿Cómo enfrentar el sistema de la manipulación contemporánea y sus falsos imperativos? Juan Pablo II señaló la importancia de la educación, de la familia y su papel formativo, y la defensa de los derechos humanos. Pero sobre todo valorizó el rol de la tradición e hizo hondas reflexiones sobre la idea de *nación* y su vínculo con la cultura. El espíritu de la manipulación política se traduce, en general, como una imposición que desde el exterior se ejerce siempre sobre un mismo núcleo: la tradición nacional. La ideología viene a ser, en este caso, el instrumento manipulador por excelencia. Y contra ella no hay arma más eficaz que el espíritu de la *nación*, la fuerza de un *nosotros* comunitario portador de un sentido del pasado y de la continuidad de sus tradiciones.” V. MASSUH, *El llamado de la Patria Grande*, Sudamericana, Buenos Aires, 1983, 90.

³⁰ “La belleza existe para fascinar el trabajo, el trabajo existe para renacer”. C. NORWID, *Promethidion. Rzecz w dwóch dialogach z epilogem*, en ID., *Pisma wszystkie*, v. 3: *Poematy*, Państwowy Instytut Wydawniczy, Warszawa, 1971, p. 440.